

Todo empezó con el silencio

en el aula especializada para niños sordos del jardín infantil Argelia en Kennedy

Francy Paola Álvarez Vera y Mónica Patricia Rodríguez Martínez
con el acompañamiento del Equipo Artístico Pedagógico
Programa Nidos - Arte en Primera Infancia



Todo empezó con el silencio, un silencio incómodo como si pesara sobre las orejas. Kelly Cuartas y Mónica Rodríguez artistas de Kennedy en el programa Nidos experiencias artísticas para la primera infancia del Instituto Distrital de las Artes Idartes, ya sabían a que se enfrentaban, pues ya les habían dicho. Sin embargo, así como cuando no se conoce el mar de nada sirve que te digan como es, lo importante es verlo, escucharlo, sentirlo, vivirlo, igual iba a ser para esta experiencia. La mañana empezó a la expectativa pues había que poner en práctica todo lo que se había planeado para la ocasión y no se trataba de espacios ni de edades, sino del lenguaje, de comunicar las artes de una forma diferente a quienes tenían una condición especial.

Hacia meses se había realizado articulación con el Jardín Infantil Argelia de la Secretaría de Integración Social (SDIS), ubicado en el barrio del mismo nombre sabiendo que en el cuarto o quinto mes del año se iniciaría atención a un proyecto que era piloto en la ciudad de la estrategia entre pares de SDIS y el Instituto Nacional para Sordos (INSOR): un aula especializada *bilingüe* para niños y niñas sordos de todo el distrito que tendría una educadora especial oyente y un educador sordo, así como capacidad para 15 niños y niñas sordos, pero que serían de edades mixtas de la primera infancia. Los meses pasaron rápidamente y para el mes de mayo se programó la primera atención en una mañana lluviosa y, como ya se había mencionado, llena de expectativas.

Tanto Kelly como Mónica eran personas amantes de las palabras, de escucharlas y pronunciarlas. Kelly en su hacer de narradora oral, procuraba practicar los tonos de voz, la intensidad y el color al narrar y contar, un entrenamiento que no parecía muy funcional para el trabajo con niños sordos. Mónica por su parte disfrutaba de la música, y desde este año estaba tocando la flauta dulce y proyectaba más instrumentos para poner en práctica dentro de las experiencias artísticas, algo que a grandes rasgos tampoco resultaba muy útil para la población con discapacidad auditiva. Adicionalmente, había un interés en la instalación plástica y la literatura infantil de parte de ambas que fue lo que las hizo sentir un rumbo para aportar a este grupo en específico.

En algún momento se pensó que además de la imagen y los elementos plásticos e instalativos, se podía pensar la opción de emplear la palabra escrita, pero tampoco resultaba lógico, pues si bien era posible que los sordos leyeran, no se podía olvidar que eran niños de primera infancia que aún no tenían ese conocimiento y adicionalmente niños como Ana María, una de los 4 niños que participaban en el primer mes, tampoco tenía facilidad para ver y tenía dificultades cognitivas y de aprendizaje.

Bastó entonces, con leer un poco para corroborar que a pesar de no escuchar fisiológicamente a través del oído, quienes tienen discapacidad auditiva capturan el sonido a través del tacto y la vista, que son supremamente empáticos al punto de reconocer por medio de la temperatura de quién está enfrente sus emociones; que danzan desde el sentir del cuerpo de la pareja y de las vibraciones que lanza la música. Encontraron como referente e inspiración proyectos como Yambacu, realizado en la localidad de Bosa en el colegio Pablo de Tarso, el cual se describe en crónica de Diana Corzo:

“Como vehículo de inclusión y alternativa al conflicto social y de limitación auditiva de niños y jóvenes de la localidad de Bosa.”

Un proyecto liderado por la profesora Martha Niño quien en la misma crónica afirma:

“Hace siete años empecé a trabajar con estudiantes hipoacúsicos, porque era una necesidad de inclusión en el colegio. Estos alumnos tienen una alta percepción al tacto, sienten las vibraciones de la música e incluso, como señalan los participantes oyentes, tienen mejor coordinación y bailan mejor que sus compañeros.”

(Alcaldía de Bogotá, 2015)¹

¹ Alcaldía de Bogotá (2015). Bailando en el Silencio. Recuperado de: <https://bogota.gov.co/historico-alcaldia/bailando-en-el-silencio>



Regresemos al día en que todo empezó, el día de la primera experiencia artística para el aula especializada. A la llegada de los niños hubo total silencio, tanto ellos como las artistas se encontraban callados, mirándose de forma curiosa, un poquito de reojo y sin sostener del todo la mirada. Ese silencio se fue transformando desde la ocupación de los elementos dispuestos para ellos, el frotar, jalar, golpear, y probar generaba un paisaje sonoro sin palabras, una composición que daba cuenta de la exploración y el reconocimiento de cada cosa por parte de los niños participantes.

De la nada y con una fuerza abrupta, Ana María se lanzó hacia el piso y casi se golpea la cabeza. Las artistas rompieron con el paisaje dando en coro una indicación verbal de cuidado y corriendo hacia la niña. Obviamente fue en vano, Ana María, no supo que trataban de comunicar algo; pero ese acto fallido les hizo mirarse la una a la otra y empezar a entender que así hubiera oyentes, era necesaria una comunicación para con quienes no podían oír y que para lograrlo era necesario ponerse en sus zapatos y tratar de capturar la vida sin necesidad de estar narrándola verbalmente.

Para ese primer encuentro se suponía tendrían (4) cuatro niños presentes, pero las condiciones de salud de dos ellos las dejaron con sólo (2) dos partícipes, Ana María y Luna de 3 años, juguetona y amiguera quien solía escaparse de su salón e irse a compartir con los niños de párvulos y que al parecer escuchaba vagamente a través de un audífono amplificador que le habían colocado meses atrás. En articulación con la maestra Paola Goyeche, se decidió que la experiencia artística para su grupo tendría dos momentos fundamentales: el primero en el que los niños entrarían solos a reconocer el espacio y acercarse a los dispositivos y uno segundo en el que un porcentaje entre 10 y 15 niños de otros niveles acompañaría y compartiría la experiencia artística con ellos.

Al iniciar el año la dupla planteó sus experiencias artísticas como una forma de llevar libros a la tridimensionalidad, es decir tomar un referente literario y tratar de replicar: la historia, el contexto o algún momento o elemento presente en el libro; los niños explorarían la instalación y hacia el final se les narraría lo que inspiró la misma. Para el primer trimestre el tema fueron las ovejas, para el segundo los puntos y para el último la playa y el mar. Transversalmente las experiencias artísticas tenían 3 momentos cada vez, marcados por lo sonoro, que daba cambios de ritmo y energía a quienes participaban de cada encuentro. Todas las experiencias se diseñaron para grupos de niños y niñas de todos los jardines atendidos.



Tanto el planteamiento anual de la dupla como las primeras experiencias artísticas con el grupo de niñas y niños sordos permitieron a las artistas reflexionar sobre su labor y lo que podría significar la inclusión dentro de esta: ¿Era acaso el permitir a un niño con alguna discapacidad pertenecer a un grupo de niños sin discapacidad ó podría ser enseñar a quienes tienen sus facultades completas a comunicarse con quienes no? En los diversos momentos del año la balanza se inclinó hacia cada lado, pues si se dejaba al niño con discapacidad en un grupo sin otros en su misma condición, era menos posible que recibiera la atención necesaria teniendo en cuenta su enfoque. Sin embargo dejarlo solo con sus pares no desarrollaría en su totalidad herramientas que potenciarán su comunicación y habilidades en pro de facilitar desarrollarse en su entorno social.

Las palabras de la maestra Paola Goyeneche orientaron un poco lo que podría estar cercano a una respuesta a estas incógnitas: mediar, equilibrar y potenciar:

“(...) es igual para los niños sordos, como para los niños oyentes, ¿sí?, es algo que viene de adentro que es como la expresión, es la comunicación, es la creatividad.”

Paola Goyeneche, maestra del aula especializada.

La narración del libro se hacía generalmente hacia el final de la experiencia artística. La primera historia que se contó a las niñas y niños del aula especializada fue “La Sorpresa” de Sylvia van Ommen, es un libro álbum sin ninguna palabra más que el título, una secuencia de imágenes que nos muestran como una oveja se quita su lana, la tiñe, la pesa, la hila y teje un lindo suéter para regalar a una jirafa. Aunque el libro maneja un hilo narrativo en secuencia de imágenes, las artistas acotaban y generaban preguntas y respuestas a los grupos, algo que no podría pasar con el grupo de discapacidad auditiva en específico, tampoco se podía pensar en una narración como la que se hace para niños de sala materna y caminadores que aunque no responden con la palabra expresan y se muestran prestos al sonido.

Entonces, en articulación con los maestros Goyeneche y Juan David Bedoya se concluyó que se haría una narración en la que la artista que contaba representaría con gestos corporales lo visto en el libro y el maestro sordo Juan David haría una lectura en señas, contando desde su lenguaje, resultó muy curioso cómo los niños que habían ingresado en el segundo momento (oyentes), prestaron más atención que al contar con la palabra, casi no hablaron y los niños sordos también se mostraron atentos al relato, imitando en momentos, como el de la oveja que engordaba al tener más lana.

Dentro de los hallazgos el placer, el displacer y la contemplación resultaron parte activa de la obra en la experiencia artística, en la cual los lenguajes plásticos, visuales, sonoros y literarios eran elementos potentes para la creación. A partir de lo anterior el artista tenía un reto creativo y pedagógico que a los lenguajes sumaba las capacidades y diferencias de la población diferencial, en donde era necesaria una lectura de códigos y símbolos de cada individuo que vivía la experiencia sensible, en el que es el artista quien se incluía en la forma como el niño ve el mundo para generar una propuesta inclusiva donde la diferencia no exista:

“Es como un núcleo, donde todos encuentran su placer y su momento de contemplación. Su momento de creación.”

Kelly Cuartas, artista comunitaria programa Nidos.

“Toda la experiencia se desarrolla en silencio y lo único que uno escucha son las risas y gritos, entonces, desde eso uno puede saber si hay disfrute o no de la experiencia... saber qué dispositivos son más agradables o no.”

Mónica Rodríguez, artista comunitaria programa Nidos.



Al pasar los meses se siguieron realizando las experiencias artísticas para ese grupo siendo las niñas y niños cada vez más participantes. Las artistas se esforzaron en reconocer el lenguaje de señas aprendiendo, colores, nombres de animales, lugares e indicaciones básicas en lenguaje de señas y decidieron darle un giro a las planeaciones, pensando desde el principio en el aula como inspirador de cada mes, pero sin retirar elementos pensados para los demás, por ejemplo el tambor. Cuando la dupla de artistas entró a trabajar con el Aula de sordos pensó que al ser los elementos de percusión unos de los que emiten más vibraciones al tocarse, sería bueno reemplazar cada vez que tuvieran esa atención el instrumento que estuviera presente por un tambor, al comentar la idea la maestra Paola se mostró poco interesada en la idea, y mencionó que a ellos siempre les ponen tambores y que es la solución más sencilla, pero que pueden capturar de diferentes formas diferentes instrumentos.

Y así se hizo. Cada trimestre la experiencia artística estaba marcada por un elemento: en el primero la flauta, que generó curiosidad desde lo visual y desde la emisión de aire principalmente. En el segundo, un amplificador de sonidos electrónicos que las niñas y niños tocaban con diferentes partes del cuerpo para sentir las vibraciones y que observaban a detalle en su movimiento. En el último trimestre era un ukulele y la voz cantada, para este la dupla tenía una preocupación, que la fuerza desmedida de muchos niños al tocar el instrumento al tiempo lo dañara por lo tanto pensaron en reemplazarlo o en conseguir un instrumento menos delicado. En el planteamiento de la experiencia artística se había pensado que mientras se tocaba y cantaba los maestros podían traducir y la dupla hacer ademanes dancísticos, que indicarían lo que ocurría, los maestros comentaron que con una bomba de aire se podía hacer que los niños sintieran las vibraciones del instrumento, así que la dupla llegó a la atención con todo lo de siempre, más cinco bombas que infló en el momento previo al encuentro.

Ya dentro de la experiencia artística, Mónica apoyó la bomba sobre el diapasón del instrumento mientras Kelly tocaba y ayudó a los niños a que tocaban el artilugio inflado, el instrumento sonaba terrible, pero al parecer si transmitía algo de vibración a los niños que igual quisieron acercarse a sentir. El maestro Juan David, sonrió viendo la ocurrencia de las artistas y gestualmente les pidió prestado el instrumento le dio la bomba a Kelly para que la sostuviera con las dos manos y junto al pecho y estando cerca, pero sin contacto, rasgó algunos sonidos del instrumento.

En silencio pero con una sonrisa reveladora, Kelly comprendió cómo se debía hacer el ejercicio y que la bomba transfiere las vibraciones a pesar de la distancia, le comentó a Mónica que habían pensado todo mal y mientras ella aprendía con sorpresa cómo funcionaba, rieron juntas y con ayuda del maestro orientaron a los niños a sentir por medio de las vibraciones. De nuevo la dupla pensó y comprendió que era cuestión de querer aprender y de estar más atento y escuchar desde todos los sentidos para poder comunicarse con este grupo y seguramente con otras diferencias.



“Tener que enfrentarnos a un reto como este y ver cómo te adaptas. Es decir, tú eres el diferente... nos permitió pensar una experiencia para todos, comenzando desde la diferencia como origen, asumiendo que todos podemos comunicarnos por señas, vibraciones, colores, imágenes, entre otros lenguajes diferentes a la palabra, por lo que la experiencia viajó por el territorio desde esta particularidad de narrar con señas y escuchar el silencio, generando un impacto en toda la población especialmente de los adultos acompañantes, que notaban el interés de los niños y las niñas por las señas y aseguraron querer incluirlas en sus clases, por el grado de atención que provocan durante la experiencia.”

Kelly Cuartas, artista comunitaria programa Nidos.

“Para mi proceso creativo ha sido muy significativo, porque ha permitido que le dé la vuelta a la percepción que tenía sobre los grupos de inclusión - Por lo general se hace trabajo artístico y la forma de incluir es que los actores de los grupos de inclusión se unan y reciban lo que puedan, de las obras o de las experiencias artísticas; en cambio esto es al revés, porque se está apostando a que la creación se haga para los grupos y al contrario todos los demás se puedan unir, entonces uno se pone a pensar, todos en algún momento tenemos una forma en que se nos reduce algún sentido, en algún momentos todos sentiremos una discapacidad.”

Mónica Rodríguez, artista comunitaria programa Nidos.

Además del interés de la dupla por ahondar en el mundo de la discapacidad auditiva, todo el Jardín Infantil Argelia cambió su chip para la apropiación de las dinámicas de inclusión, podía verse junto a la puerta de cada salón una hojita que tenía el nombre del nivel deletreado en lenguaje de señas, varias maestras crearon su seña característica para decir su nombre y los niños de los demás niveles aprendieron a compartir con los del aula especializada, señalándoles, tomándoles la mano o mirándolos a la cara:

“(...) ha sido maravilloso también verlos, como ellos se pueden expresar con sus señas por medio del cuerpo, por medio del juego, porque también es otra manera de expresarse y entonces eso ha ayudado también a fortalecer esa parte de independencia de ellos. De que sean niños.”

Ana Belén Aranda, coordinadora Jardín Infantil Argelia - SDIS.

La experiencia (y no sólo desde la atención artística) para el aula especializada cambió la percepción de inclusión de la población cercana, los niños maestros y personal de apoyo del Jardín Infantil Argelia tal vez sin darse cuenta, aprendieron a escuchar y sentir de otras maneras, a integrarse ellos en vez de tratar de integrar al que aparentemente es diferente. La dupla se replanteó y marcó sus procesos creativos desde darle la vuelta a las cosas, entendiendo que así se cree para uno mismo, por gusto, por amor y disciplina, siempre es necesario hacer una lectura del contexto y reconocer que quién inspira la experiencia artística o la obra es la comunidad.

Al finalizar las experiencias Mónica y Kelly terminaban señalándose las cosas en silencio, indicaban como desmontar y guardar las cosas sin emitir palabra a través de las ventanas y hasta se ofrecían un sorbo de agua solo con pasarla, agradeciendo con una sonrisa. Todo terminó con el silencio, un silencio cómodo que ya no pesaba sobre las orejas.

